



El fugitivo

Tiroa iba caminado por el camino de tierra, con lágrimas que bañaban su rostro polvoriento. Algunas mujeres lo vieron mientras regresaban a su aldea.

—Más vale que te apresures a volver a casa —le dijo una mujer—. Pronto oscurecerá.

—¡No! —respondió él con vehemencia—. No volveré allí. Me van a pegar.

La enérgica respuesta del niño sorprendió a las mujeres. Se enteraron de que se llamaba Tiroa y que tenía unos diez años. Había huido de su tía y su tío, que vivían en un pueblo en las montañas.

Las mujeres no podían dejar al niño solo, entonces Enta, una de las mujeres, se ofreció a llevarlo a la casa de ella.

—Un poco de comida y un baño te harán sentir mejor —le dijo, sonriéndole, que podía confiar en ella y la siguió hasta su casa.

Enta preparó papas, yuca, bananas y frutabomba para cenar. Tiroa comió con mucho apetito. Luego se lavó la cara y se quedó dormido en la colchoneta que Enta le había colocado en el suelo. Cuando Tiroa se despertó, encontró más comida. Le sonrió tímidamente a su nueva tía, Enta, en señal de agradecimiento. ¡Ella le agradaba!

Era viernes, y esa noche la familia se reunió para orar al ponerse el sol. Tiroa observó a los demás arrodillarse en el suelo de madera y juntar las manos. Él hizo lo mismo. Después de cenar piña y bananas, el niño se echó en la colchoneta y se quedó dormido otra vez.

El sábado en la mañana, la familia desayunó y se vistió para ir a la iglesia, pero Tiroa

no quería ir. La tía Enta se dio cuenta de que él estaba asustado, así que le permitió quedarse en casa.

La semana siguiente, la familia se reunió todas las noches para adorar a Dios. Cantaron himnos, escucharon historias bíblicas y oraron. El sábado siguiente, Tiroa ya estaba dispuesto a ir a la iglesia con la tía Enta.

A Tiroa le gustó la Escuela Sabática. Le gustó escuchar las historias y cantar las canciones. Había comenzado a aprender algunas canciones del servicio de adoración y cantaba con otros niños.

La familia de Tiroa se enteró de dónde estaba y fue a verlo. Tiroa tenía miedo de que lo obligaran a volver con ellos, pero la tía Enta los convenció de que él estaría mejor viviendo con ella. Acordaron permitirle quedarse en su aldea.

Tiroa nunca ha ido a la escuela y no sabe leer ni escribir. La tía Enta quiere que comience a asistir, pero mientras tanto, hay otras lecciones que debe aprender, como confiar y obedecer.

Aunque Tiroa había oído hablar de Jesús antes de escaparse de su casa, no sabía que Jesús lo amaba. De hecho, no sabía qué era el amor hasta que la tía Enta y su familia lo recibieron. Ahora le están enseñando que lo aman y que Jesús también lo ama.

La ofrenda de este trimestre ayudará a financiar proyectos de salud infantil tanto en Vanuatu así como también en las Islas Salomón, donde vive Tiroa. ¡Gracias por tu generosa contribución!

Así comenzó la iglesia en...

G. F. Jones y su esposa fueron los primeros misioneros adventistas en llegar a las Islas Salomón, enviados por la junta misionera de Australasia. Al desembarcar en la isla de Gizo el 29 de mayo de 1914, Jones contrató a una tripulación local para su barco, el *Advent Herald*, y navegó hacia Viru, en la costa oeste de Isla Nueva Georgia, donde estableció la sede de la obra misionera y abrió una escuela.



- Esta historia fue publicada en Niños Misión Adventista en la edición del cuarto trimestre 2022.